

CUENTO N° 145

TÍTULO: HISTORIAS DE CAMPO

SEUDÓNIMO: PACHO

AUTOR: GERMÁN ENRIQUE BRUNA MARÍN

HISTORIAS DE CAMPO

Recuerdo bien ese verano en el sur, en que junto a mis primos escuchamos un extraño cuento de campo, distinto a todos los que nos habían contado los camperos y comadres que hacían pan en la cocina a leña por la tarde. De este, aún hoy, me acuerdo.

Estábamos en la mitad de las vacaciones, pensé, mientras íbamos a caballo con mis primos, donde los Moraga.

El sol pegaba fuerte, debí haber traído una gorra, me lamenté. Me dolía la piel de la nariz que estaba escamada y quemada. El camino sinuoso, solo para carretas, caballos y ganado, cercado por troncos y estacas, lo hacíamos al paso, para no cansar a los caballos con el calor. Subiendo y bajando cerros, entre bosques de hualles y troncos botados que se asomaban entre los helechos. Abajo, a lo lejos, se mostró maravilloso el río cristalino que prometía refrescarnos cuando llegáramos. Bajando la cuesta, tras un recodo, apareció un puente que cruzaba el río a unos metros de altura sobre el agua. Era de madera, con barandas a ambos lados, de unos diez metros de largo, no muy ancho, algo destartalado, desteñido por el sol y el tiempo. Dos huellas de tablones marcaban el paso de las carretas con bueyes. Los caballos lo cruzaron sin problema. El golpeteo de los cascos al pasar, rebotaba en la quebrada produciendo un eco ronco que se sentía junto al murmullo del agua que corría entre las quilas y los boldos para caer al río. El chucao cantó dos veces a la derecha.

-Alooo, aloo- nos anunciamos--- los perros salieron ladrando, revolviéndose entre las patas de los caballos. Luego de unos pocos corcoveos, salió don Carlos y abriendo el portón les gritó: “a la casa pichos”. Desaparecieron los perros.

- Hola muchachos ¿cómo están?- dijo recibiéndonos -pasen por acá- ¡Juancho! - llamó al campero- ¡ayuda a amarrar los caballos, hombre! Desmonten cabros, el Juancho los va a ayudar—

-Gracias don Carlos, saludos le manda mi tío Enrique- dije.

- Gracias, gracias - musitó.

Dejamos las monturas sobre una vara, bajo la sombra de un inmenso castaño que imponente, abarcaba toda la entrada. La casa, era en realidad un antiguo caserón enorme, con galerías de vidrios y jardines de flores rodeando la huerta, que se asomaba entre la reja obligada para que no se metieran los animales a comerse las verduras que cultivaban.

Luego de saludar a doña Carmen, que nos recibió con cariño, fuimos a buscar a nuestros amigos y con ellos, todos gritamos “al río, al río”, poniéndonos los trajes de baño y a toda carrera llegando a la orilla, y lanzándonos al agua desde el pasto del jardín. Qué felicidad, que agua más rica, no sabías si nadar o beberte esa agua cristalina, nada contaminaba ese ambiente donde solo se convivía con animales y el mundo silvestre.

HISTORIAS DE CAMPO

Nos bañamos y nos bañamos y nos volvíamos a bañar hasta que nos llamaron para el asado. Nos sentamos al lado del fogón que manejaba el Juancho con destreza, ofreciendo cortes de carne que iba sacando lonja tras lonja.

-Tírate otra Juancho, tírate otra- decíamos todos - parecía una fiesta en medio del desorden. Comimos y luego comimos más, también tomamos chicha de manzana, y así pasamos la tarde compartiendo mates y conversando sin parar. Ya puesto el sol, vestidos y más abrigados, alrededor del fogón comenzaron las infaltables historias de campo, mientras asábamos enormes trozos de queso sobre las brasas.

Al calor del fuego, el Juancho se mandó la historia del puente. Han de saber – dijo - que el puente que pasaron no se puede pasar después de la puesta del sol-
-¿Por qué?-, preguntamos a coro.

- Porque sale la guagua, *poh*. Resulta que hay una guagua botada en medio del puente, está envuelta en un chal y llora solita. El que va pasando dice: “qué linda guagua, está perdida, ¿de quién será?” Y tomándola en brazos para consolarla, ve que la guagua lo mira con unos ojos que se vuelven rojos y sus manitos se transforman en garras con uñas afiladas y sus dientes se vuelen colmillos que salen de su boca y lo abraza con sus brazos que se han alargado y ahora lo aprisionan fuertemente inmovilizándolo mientras el siente que el terror lo invade casi al mismo tiempo que siente los colmillos de la guagua destrozándole la yugular. Al final el finado yace en el puente y el viento lo reparte como ceniza que el diablo quemó...-

HISTORIAS DE CAMPO

asustados– todos nosotros- preguntamos, ¿y qué pasó después?-

-Nada, el caminante se dio por desaparecido y nadie habló más de él, solo que la gente ya no atraviesa el puente cuando empieza a oscurecer-

- Ohhhh, nosotros tenemos que volver y el sol ya cayó-dijimos

- mmm, habrase visto chiquillos de moledera- dijo don Carlos- no van a creer puros cuentos de campo, ¿no?, dijo don Carlos y agregó a modo burlón: aunque yo no paso en la tarde por si acaso, ja ja

Nos miramos, nos paramos, agradecemos, ensillamos, nos despedimos, montamos, todo rápidamente sin ponernos de acuerdo, y partimos de vuelta a casa. Sin decirnos nada, seguro íbamos pensando en la historia del Juancho y en la hora. De lejos escuchamos las risas de don Carlos y los otros.

Enfrentamos el puente. Había luna y lo veíamos clarito, no se veía ningún bulto al medio, los caballos se chantaron: por más que los animamos, no había caso, no querían entrar al puente. -Yaaa, carajo – espoloneando taloneando y moviendo las riendas. Relinchando, se trataron de parar en dos patas, encabritándose.

Me tiré a tierra y tomé a mi caballo por las riendas abajo del hocico... pude ver sus ojos desorbitados por el miedo, atiné a sacarme la manta y echársela encima de la cabeza tapándola. De a poco dejó de tiritar y se tranquilizó. Mis primos hicieron lo mismo y así de tiro, paso a paso, atravesamos el puente, mirando adelante y atrás hasta el otro lado, al fin. Aun con el susto vivo, mirándonos en silencio nos preguntamos el por qué no quisieron pasar ahora si a la ida no hubo ningún

HISTORIAS DE CAMPO

problema, ¿habría algo de cierto en la historia del puente?. Montar y correr a casa fue una sola cosa, yo no veía bien el camino pero me agarré firme a las riendas y a la montura, agaché la cabeza para no pegarme con una rama, las luciérnagas alumbraban el camino brillando en la oscuridad, nos fuimos como flecha y no paramos hasta que entramos al portón de la casa...UUUFFF!!...los brujos no existen pero....quién sabe si...

El puente aún sigue allí, me han contado, yo nunca más volví.

////////////////////////////////////